

SERGIO COTO-RIVEL

¿VALIENTE Y VIRIL?

Masculinidades, cuerpo e identidad
en la literatura costarricense
(1888-1954)

BICENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA
DE CENTROAMÉRICA


EDITORIAL
UCR

SERGIO COTO-RIVEL

¿VALIENTE Y VIRIL?

Masculinidades, cuerpo e identidad
en la literatura costarricense
(1888-1954)


EDITORIAL
UCR
2023

Bicentenario de la
Independencia de Centroamérica



Este libro ha sido publicado gracias al financiamiento de:



CR863.009.352.11

C845v Coto-Rivel, Sergio.

¿Valiente y viril? : masculinidades, cuerpo e identidad en la literatura costarricense (1888-1954) / Sergio Coto-Rivel. – Primera edición. – San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2023.

xi, 320 páginas. – (Bicentenario de la Independencia de Centroamérica)

ISBN 978-9968-02-064-0

1. NOVELA COSTARRICENSE – HISTORIA Y CRÍTICA. 2. CUENTOS COSTARRICENSES – HISTORIA Y CRÍTICA. 3. MASCULINIDAD EN LA LITERATURA. 4. LITERATURA COSTARRICENSE – HISTORIA Y CRÍTICA. I. Título. II. Serie.

CIP/3927

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2023.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Isaac Marín M.* • Revisión de pruebas: *Ariana Alpízar L.*

Diseño de contenido, diseño de portada y control de calidad: *Abraham Ugarte S.*

Fotografía de portada: La fotografía circuló ampliamente a partir de los años 20 en forma de tarjeta postal (coloreada a mano o en blanco y negro). En ciertas fuentes se le atribuye a Manuel Gómez Miralles. Se indica la leyenda siguiente: "La Palma, Costa Rica".

Diagramación: *Albán Guerrero C.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Marzo, 2023.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

CONTENIDO

Introducción

Pensar las masculinidades	1
---------------------------------	---

Masculinidades literarias

I.1 Masculinidades, instituciones y poder	12
I.1.1 Desarrollando un nuevo campo	12
I.1.2 Masculinidades / virilidad.....	17
I.1.3 Masculinidad hegemónica	23
I.2 Cuerpos masculinos y violencia de género.....	30
I.2.1 Violencia masculinista	34
I.2.2 Discursos de crisis	40
I.2.3 Historia de la masculinidad y machismo latinoamericano.....	43
I.2.4 Ficciones y masculinidades	49
I.3 Costa Rica, historia viril e historia literaria.....	53
I.3.1 Hacia una idea de literatura nacional.....	54
I.3.2 Un escritor, un género literario, un sujeto	59

Paternidad problemática

II.1 Variaciones entre el campesino y el héroe nacional.....	65
II.1.1 Un labriego valiente y viril.....	69
II.1.2 Representaciones heroicas	79

II.2 Héroes sin padre, ideales y fracasos	89
II.2.1 José Blas y el fracaso del campesino.....	90
II.2.2 Hombres entre vicio y ejemplaridad	96
II.3 Orfandad y novela de formación.....	107
II.3.1 Pícaros aventureros.....	108
II.3.2 <i>Marcos Ramírez</i> y la genealogía masculina.....	113
II.3.3 El huérfano, hijo de la nación	119

III

Máscaras de la seducción	124
III.1 Triángulo erótico y masculinidad	125
III.1.1 El triángulo, un negocio entre "caballeros"	129
III.1.2 De la rivalidad a la identificación	134
III.1.3 El triángulo y el ejercicio de dominación	141
III.2 Construcciones subjetivas.....	146
III.2.1 Del hombre y la guerra.....	147
III.2.2 Hacia los límites de la representación	157
III.3 Variaciones de la violencia	169
III.3.1 Formas de ocultación de la violencia	171
III.3.2 <i>La ruta de su evasión</i> y el patriarcado expuesto	178

IV

Hacia un hombre nuevo	190
IV.1 El hombre y la tierra.....	194
IV.1.1 Domesticar la naturaleza	197
IV.1.2 La tierra traicionera	205
IV.2 El hombre herido y la apropiación	213
IV.2.1 "Bananos y hombres" (y mujeres)	214
IV.2.2 <i>Mamita Yunai</i> y las masculinidades bananeras.....	220
IV.3 Camaradería masculina.....	228
IV.3.1 Del <i>boys' club</i> a la conciencia de clase	229
IV.3.2 Camaradería como sobrevivencia	232
IV.3.3 Amistad e identificación.....	237

V	Fronteras masculinas	242
	V.1 De la virilidad dudosa.....	243
	V.1.1 La virilidad disminuida.....	245
	V.1.2 Masculinidades clericales.....	254
	V.1.3 Raros, afeminados y homosexuales.....	262
	V.2 Cuerpo, raza y exclusión.....	271
	V.2.1 Indianismo, los héroes imaginados.....	277
	V.2.2 La representación en ausencia.....	281
	V.2.3 De las bananeras hasta <i>Cocorí</i>	287
	Reflexiones finales	299
	Bibliografía	305
	Corpus estudiado.....	305
	Teorías de género y estudios sobre masculinidades.....	306
	Estudios literarios e históricos.....	312
	Artículos de periódico.....	320
	Bibliografía general.....	320

INTRODUCCIÓN

PENSAR LAS MASCULINIDADES

En el cuento “Los colores”, Carlos Salazar Herrera narra dos escenas de gran fuerza en la historia de una pareja. La primera describe a Mateo cuando llega borracho a su casa, llama a su esposa Antonia y a su hija, y siente gran placer al afilar dos cuchillos frente a ellas para infundir miedo y mantener su posición dominante con la amenaza de la violencia. Después de clavar los cuchillos en un horcón, Mateo anuncia que, ya aburrido de ellas, las abandona. La segunda escena, hacia el final del relato, cuenta el intento de este por recuperar a la niña, quien desarrolló habilidades considerables para la pintura de carretas en el taller de Gabino Sojo y, por lo tanto, constituiría una ventaja económica para él. Ante dicha amenaza, Antonia no encuentra otra solución que afirmar que la niña es en realidad hija de otro. Para evitar el drama, Gabino, quien estaba presente, asegura ser el padre, desvainando una cruceta. Mateo renuncia y se va. Este breve pero significativo cuento de Salazar Herrera, así como muchos otros de los contenidos en *Cuentos de angustias y paisajes* (1947), pone de manifiesto distintas estrategias consideradas en muchos casos como pertenecientes a

una masculinidad tradicional y de antaño, típica de gallardos campesinos que pueblan ampliamente la formación y primer desarrollo de la narrativa nacional y que se relacionan, en mayor o menor medida, con la identidad costarricense. No obstante, si bien no todos los personajes masculinos que encontramos en el periodo establecen relaciones marcadas por la violencia y la agresión física, una gran mayoría se construye dentro de una lógica de definición subjetiva por medio de la dominación y la apropiación.

Hallar personajes que podrían ser calificados de machistas en una producción literaria inscrita en una tradición decimonónica y católica no resultaría sorprendente como premisa para el lector del presente estudio; tampoco sería novedoso afirmar que las representaciones de las mujeres se encuentran relegadas al espacio decorativo y a los bienes transaccionales de los relatos en cuestión. Pese a esto, mi objetivo al proponer una lectura diacrónica de la narrativa costarricense de finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX no es realizar una caracterización de los personajes masculinos, sus éxitos, frustraciones y

comportamientos; sino más bien, tratar de pensar el género y las masculinidades dentro de una producción literaria que, aun cuando es considerada por numerosos críticos como una importante fuente del imaginario de identidad nacional, no cuenta realmente con análisis amplios de relaciones sociales de sexo que conforman ese imaginario, y menos aún de las particularidades y formas que toma el mito del campesino “valiente y viril” que reivindica el Himno Nacional costarricense como imagen fundacional de la masculinidad patria.

La carga de violencia masculina se hace presente en los cuentos de Salazar Herrera con el objetivo de reafirmar la posesión del cuerpo femenino, mientras que en otros autores la encontramos en la defensa del honor propio y familiar (particularmente, de los integrantes de la familia que poseen pene) o incluso en la representación de agresiones y violaciones (hasta feminicidio). Estas imágenes parecieran ser una constante en numerosas novelas y cuentos, desde los cuadros de Manuel Argüello Mora o de Magón hasta las novelas de espacios altamente masculinos y a veces masculinistas de Carlos Luis Fallas, pasando por novelas de fuerte carga moral y normativa escritas por Joaquín García Monge o Carlos Gagini. La literatura de este periodo puede percibirse, aunque con pocas pero importantes excepciones, como textos escritos por hombres sobre sus congéneres y sus propios intereses, de manera que los personajes masculinos que protagonizan, actúan y se expresan son abundantes en estos relatos; sin embargo, la crítica no se ha interesado en ellos en tanto varones, es decir, sujetos construidos dentro de relaciones de género para comprender y deconstruir

dichas relaciones. Por supuesto que estos personajes se han encontrado siempre en el foco de atención de las lecturas críticas e historiográficas de la reciente crítica literaria costarricense; no obstante, su posición no sobrepasa, en la mayoría de los casos, la identificación entre lo masculino y lo universal, diluyendo cualquier particularidad que permita interesarse en ellos dentro de un sistema de prácticas de género. Lo masculino, al ser identificado con lo universal, (el hombre como representación del género humano), se encuentra más allá de la posibilidad de ser leído desde parámetros que imposibilitan esta relación. Así, no basta con señalar la construcción eminentemente patriarcal de ciertos discursos literarios para lograr una puesta en evidencia de todo un sistema de relaciones que produce no solo desigualdad, sino también dominación y violencia más allá de los límites de las representaciones culturales y literarias.

Esta investigación, resultado de un largo proceso de reflexión y lecturas, ha sido escrita en su totalidad durante la primera mitad del año 2020, es decir, dentro de un contexto de pandemia y largo confinamiento, el cual ha evidenciado diferencias significativas en la manera en que la crisis sanitaria mundial afecta a hombres y mujeres, particularmente en lo que se refiere al aumento de la violencia de género (Ávalos, 2020) o aun en las tareas de cuidado de los enfermos y las personas en estados de fragilidad, como parte de una larga historia de trabajo femenino no remunerado (Collins *et al.*, 2020; Power, 2020). No obstante, ha sido sobre todo gracias al amplio movimiento generado a partir de las redes sociales e identificado con el *hashtag* #MeToo que la violencia masculinista, el abuso sexual y las diferentes estrategias de

control y apropiación de las mujeres por parte de los hombres se han encontrado en el centro de discusiones, debates y reflexiones en el espacio mediático en los últimos años. Por un lado, el juicio en contra de Harvey Weinstein como símbolo de una masculinidad tóxica en el contexto de la era de Trump en Estados Unidos y, por otro lado, la creciente denuncia de grupos masculinistas, los cuales se sienten relegados dentro del sistema social norteamericano a causa del supuesto empoderamiento de las mujeres o inclusive de la presencia de inmigrantes, revelan importantes tensiones y fricciones actuales en torno a la manera de pensar el género, la dominación masculina y el privilegio blanco.

Lo mismo se puede considerar, tomando en cuenta ahora la categoría de raza, del movimiento de denuncia de las violencias policiales en contra de las comunidades afrodescendientes, también en Estados Unidos, desarrollado a partir de 2013 bajo el lema *Black Lives Matter*, el cual no ha dejado de crecer y demostrar su pertinencia ante actos racistas. Particularmente durante el 2020, las manifestaciones y enfrentamientos causados por el asesinato de George Floyd por parte de un agente de la policía en Minneapolis han demostrado una vez más la urgencia de una reflexión y un posicionamiento sobre las relaciones de dominación a partir de la racialización y los vínculos de estas con cuestiones de género. Las repercusiones de dichos movimientos se hacen sentir fuertemente en los casos latinoamericanos en general y

costarricense en particular, sobre todo en el aumento de las voces que denuncian y claman justicia ante la violencia de género anclada en nuestras sociedades y manifiesta en el feminicidio. Ante esta situación, la movilización de grupos feministas contra el feminicidio bajo el lema de “Ni una menos”, originado en Argentina en el 2015, extendido más allá del espacio latinoamericano, es una muestra más de las denuncias recientes de la violencia masculinista: violencias, estrategias de apropiación y funcionamientos que eran anteriormente difíciles de identificar y diferenciar sin una perspectiva de género¹.

¿Qué implica entonces dentro de este contexto pensar las masculinidades desde las representaciones literarias? Los movimientos de reivindicación recientes han puesto en evidencia, a una escala mayor, la necesidad de reflexionar, analizar y comprender los distintos mecanismos que entran en juego en nuestras sociedades contemporáneas al crear representaciones que configuran un imaginario sobre los hombres y la idea de virilidad. En este sentido, las producciones culturales juegan un papel esencial en la construcción y difusión de dicho imaginario que satura nuestras maneras de interpretar las diferencias sociales y sexuales (ya sea desde la televisión, el cine, la literatura, la publicidad, etc.). En el caso costarricense, varios estudios en las últimas décadas se han ocupado de comprender de qué manera toda una serie de valores, comportamientos e imágenes han sido vehiculados y perpetuados desde la literatura

1 Las marchas de protesta en Costa Rica para denunciar la violencia en contra de las mujeres y particularmente los feminicidios de Allison Bonilla, María Luisa Cedeño y Luany Salazar marcaron las movilizaciones feministas durante el 2020, tanto en las calles de diferentes ciudades del país como en las redes sociales (Campos y Calderón, 2020).

como una manera de delimitar, definir o prescribir ideas y proyectos de identidad nacional (Ovares *et al.*, 1993; Quesada Soto, 1986). También, se ha comprendido en qué medida las producciones culturales entran en juego para propiciar imágenes de homogeneización, de origen pacífico y blanco del costarricense (Jiménez Matarrita, 2002; Molina Jiménez, 2002).

Del mismo modo, el surgimiento y desarrollo de la literatura costarricense como una voluntad manifiesta de otorgar a la nación una historia literaria hacia finales del siglo XIX lleva consigo un proyecto de nación, el cual puede ser leído desde una perspectiva de género para comprender, por ejemplo, el funcionamiento y alcances de la representación de las masculinidades bajo el ideal de nación viril. Así, podemos considerar como una primera premisa que dicha idea de nación comprende, al mismo tiempo, un proyecto de hombre materializado en prácticas masculinas y disfrazado de universalidad bajo una cobertura de orden familiar o social. ¿Qué pasa cuando partimos de la idea de que ese masculino universal, que rige más allá de la regla gramatical, se erige como un sistema de dominación tanto de mujeres como de muchos hombres que utiliza un proyecto humanista como mascarada?

En su importante y esclarecedor estudio *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*, publicado en 1986, Álvaro Quesada Soto desarrolla ampliamente un enfoque histórico social de un periodo en el que se puede situar el surgimiento de una narrativa dentro de los procesos de formación del Estado costarricense en el contexto del liberalismo, hacia un pacto

que el crítico define como liberal-oligarca. Quesada se interesa de manera profunda, y por primera vez en la historia de la crítica literaria costarricense, en prácticas sociales, políticas y familiares que determinan los principales discursos dominantes en muchos de los intelectuales y escritores de este periodo de transición entre dos siglos. Es así como se señalan relaciones de poder dentro de estructuras de privilegios familiares donde el mantenimiento de la hegemonía pasa por un mercado matrimonial en el que, a despecho de que no se diga explícitamente, son las mujeres los principales bienes de intercambio y negociación entre “caballeros”, herederos de la antigua oligarquía. En este contexto, situado justo después de las principales reformas liberales de los años 1880, se ubica el punto de partida de mi lectura de las representaciones y subjetividades masculinas, momento en el que comienzan a aparecer autores y obras que determinarán, décadas más tarde, los primeros clásicos de la literatura nacional. En otras palabras, con base en Quesada, considero que es pertinente definir el inicio del presente estudio a partir del momento en el que hay una voluntad consciente por parte de un grupo de escritores de producir un corpus de literatura nacional, voluntad que conduce tiempo después a la identificación de un canon literario que determina los primeros debates en torno a una cultura literaria en el país.

El carácter eminentemente masculino de este primer grupo conocido como el Olimpo literario en Costa Rica se encuentra marcado por la tradición patriarcal no solamente desde el punto de vista político-económico, señalado por Quesada en numerosas ocasiones al analizar las

relaciones de poder entre los diferentes grupos de influencia, sino también asociado a un sistema de prácticas de género que perpetúan la dominación masculina sobre las mujeres y sobre otras formas de masculinidad situadas o relegadas al margen de la norma. Es precisamente esta segunda perspectiva la que me propongo analizar a lo largo de los textos narrativos seleccionados con el objetivo de identificar e historizar las imágenes que pasan a conformar esquemas y prototipos de hombres tanto valientes y viriles como derrotados o hasta excluidos de un cierto ideal de hombría.

Este recorrido historiográfico por medio de la novela y el cuento en Costa Rica nos lleva hasta finales de la década de 1940, época determinante de transición social, política y económica en el país con la fundación de la llamada Segunda República, justo después de la Guerra Civil de 1948, momento en el cual se crean las Garantías Sociales en la nueva Constitución del 49 y se aprueba el voto femenino –por solo mencionar algunos de los eventos que marcan el periodo–. Sin embargo, más allá de situar una ruptura en la historia literaria del país a partir de fechas o eventos históricos extraliterarios, me interesa determinar un corte establecido por la Generación del 40, por medio del cual se da una renovación considerable de la producción literaria gracias al amplio desarrollo de un realismo, con tendencia social en unos casos y psicológica en otros, que concierne a los autores tradicionalmente ubicados dentro de este grupo y que renueva la tradición literaria nacional. ¿La influencia de las luchas obreras y campesinas, el resquebrajamiento de los antiguos

ideales de igualdad y democracia y las primeras luchas identificadas de grupos de mujeres cambian acaso las bases de la caracterización de las masculinidades escritas sesenta años atrás? La lectura de las representaciones masculinas durante más de cinco décadas, tomando en cuenta los autores y autoras más representativos de lo que empieza a ser el canon de la literatura nacional, pretende dar una visión de conjunto en la que se identifiquen más fácilmente las principales imágenes, normas, obligaciones o privilegios que han determinado las subjetividades masculinas en la literatura costarricense.

Es así como la segunda premisa que fundamenta este estudio consiste en el cuestionamiento y análisis de las diferentes prácticas identificadas como masculinas en un contexto histórico determinado, las cuales funcionan a su vez como base de la construcción subjetiva de los varones (personajes masculinos de las obras) y justificación del rol de ciertos personajes o grupos masculinos dentro de una posición dominante. Para esto se movilizan distintos postulados teóricos basados, por un lado, en propuestas del feminismo materialista (Colette Guillaumin, Christine Delphy, Monique Wittig) que nos ayudan a pensar las diferentes relaciones de apropiación del cuerpo femenino, las prácticas de poder y el discurso relacionado con la naturaleza; por otro lado, se movilizan estudios más recientes sobre las masculinidades, su construcción plural y su determinación histórica (Raewyn Connell, Mara Viveros Vigoya, Todd Reeser, entre otros). Esta base teórica constituye en sí misma también un posicionamiento personal, como investigador, respecto de las

relaciones sociales de sexo² y la lectura que de estas se puede hacer a partir de las representaciones en producciones culturales tales como la literatura. Hago énfasis aquí en la idea de posicionamiento, ya que considero como un deber, al producir un estudio atravesado por categorías de análisis y de pensamiento determinadas, identificarse y situarse personalmente dentro de dicho marco, de modo que reconozco las herramientas teóricas que este nos proporciona para estudiar los diferentes fenómenos que nos interesan. En este caso particular quiero señalar la trascendencia de la teoría feminista, principalmente materialista, en mi concepción y mis lecturas de la construcción social de las masculinidades. Lo anterior implica también una distancia importante respecto de otras orientaciones identificadas como *men's studies* en la tradición anglosajona, muchas de las cuales defienden un análisis de las experiencias masculinas a partir de las obligaciones sociales y personales de la masculinidad tradicional, por lo que dejan de lado tanto los privilegios de la norma como los efectos de la dominación sobre las mujeres³.

¿Cómo concibo las masculinidades dentro de este trabajo? Si bien las bases teóricas son profundizadas en el primer capítulo, quiero introducir algunos elementos clave que han fundamentado las distintas

aproximaciones y análisis textuales. Las referencias a la masculinidad a lo largo de este análisis insisten en el carácter histórico, contextual y relacional que la determina, al igual que en la dinámica que la construye al mismo tiempo como un proceso colectivo e individual. La masculinidad es comprendida también dentro de un sistema de relaciones sociales en las que se hallan formas de dominación y de perpetuación de esta. Siguiendo esta línea y de acuerdo con las propuestas de Connell (2005), es indispensable pensarla desde la pluralidad: así, lo que encontramos son masculinidades, no una forma estable ni esencial que pueda ser representada como un atributo natural o innato del hombre. El concepto de virilidad, por su parte, es identificado con distintas características ideales, virtudes y en este caso como un atributo que históricamente ha funcionado como el deber ser del varón en sociedades occidentales, pero no constituye en sí misma una categoría esencial, sino un discurso sobre la masculinidad. Para Connell, la masculinidad puede ser abordada como un lugar, una serie de prácticas y los efectos de estas: es simultáneamente un lugar en las relaciones de género, las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese lugar en el género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura (Connell, 2005, p. 71).

2 El concepto de "relaciones sociales de sexo" es largamente utilizado como herencia de la teoría feminista materialista francesa de los años setenta a partir de los trabajos teóricos de autoras como Colette Guillaumin o Nicole-Claude Mathieu.

3 Muchos otros estudios en el campo de las masculinidades han establecido importantes diálogos con las teorías feministas, lo cual lleva a Judith Gardiner a afirmar en un estudio que data de 2005 que "En la actualidad, las teorías feministas citan los estudios de la masculinidad con más frecuencia que antes, y viceversa. Las pensadoras feministas se están beneficiando de las ideas teóricas y los resultados empíricos de los estudios sobre la masculinidad que se refieren a asimetrías complejas, historias cambiantes, condiciones locales y variaciones institucionales del género en una amplia variedad de entornos específicos" (Gardiner, 2004, p. 47).

De esta manera, las masculinidades pueden producirse en prácticas realizadas tanto por individuos identificados como hombres o como mujeres y promovidas por instituciones que transmiten imaginarios o valores ligados a una idea de masculinidad (el Estado, el Ejército, instituciones escolares, etc.). Al respecto, Viveros Vigoya señala que cada hombre y cada mujer están implicados en una multiplicidad de relaciones sociales que, al entrelazarse en todas las combinaciones posibles, delimitan a hombres y mujeres que se diferencian en el lugar ocupado en la jerarquía social y en los poderes de los que disponen o no (Viveros Vigoya, 2009a, p. 276).

La tercera premisa que dirige este trabajo considera que un análisis diacrónico de las representaciones literarias de prácticas que conforman históricamente subjetividades masculinas conlleva una relectura del canon de la literatura nacional y la manera en que este ha sido analizado, particularmente en tres niveles. El primero, situado al nivel de la subjetividad de los personajes, consiste en repensar la configuración de personajes masculinos a partir de normas, obligaciones y privilegios que tienden a conformar grupos de poder y de validación de ciertas prácticas, así como la exclusión de otras. Estas prácticas consideradas como masculinas se encuentran inevitablemente organizadas con nociones de clase y de raza que permean la interpretación de las relaciones sociales presentadas desde el texto.

Un segundo nivel, pensado desde los acontecimientos, reside en la necesidad de tomar una distancia crítica a propósito de fenómenos considerados como

particularidades culturales tradicionales que perpetúan relaciones de violencia, las cuales se encuentran en numerosas ocasiones como categorías o clasificaciones de la narración. Un ejemplo de ello han sido los análisis relacionados con discursos de seducción, erotismo, amor romántico, triángulo amoroso o incluso el llamado "crimen pasional", los cuales se inscriben dentro de un sistema tanto de apropiación del cuerpo femenino como de, en ciertos casos, formas de homosocialización. Lo mismo se puede decir de la defensa del honor masculino como articulación del discurso narrativo en gran parte de las novelas estudiadas.

Finalmente, un tercer nivel nos lleva a interrogar y complementar diversos discursos críticos sobre la literatura del periodo estudiado en la medida en que las principales lecturas de género han sido realizadas a partir de la producción posterior a la publicación de *La ruta de su evasión* (1948) de Yolanda Oreamuno, la cual representa un verdadero parteaguas respecto de la reflexión desde la narración sobre la dominación masculina. Es así como el análisis de prácticas masculinas consideradas como tradicionales o de una época patriarcal de "antiguos gamonales" puede ayudarnos a comprender funcionamientos y lógicas de relación que, en muchos de los casos, siguen teniendo vigencia y trascendencia en la actualidad. Esta investigación se divide en cinco capítulos, organizados de acuerdo con diferentes orientaciones temáticas que permiten acercarse a prácticas de género determinadas y a formas de construir subjetividades masculinas de los personajes. El primer capítulo, titulado *Masculinidades literarias*, se estructura

con base en dos ejes centrales: el primero presenta la discusión actual en torno a los estudios de género y masculinidades desde distintas disciplinas, así como las particularidades que se han desarrollado en el área latinoamericana y en el caso costarricense. El segundo se centra en la manera en que las primeras reflexiones y polémicas alrededor de la naciente literatura nacional dan paso a la entronización del cuadro de costumbres como género representativo de la identidad y, dentro de él, la del concho, personaje del campesino sencillo que condensa las aspiraciones identitarias de homogeneidad y valor viril ligados al respeto de la tierra, figura que fundamenta los primeros discursos de la identidad nacional.

En el capítulo II, *Paternidad problemática*, se entra directamente en el estudio de las representaciones literarias de la masculinidad, primero, al retomar la imagen del campesino como principal fuente del estereotipo masculino nacional en oposición a figuras heroicas tales como Juan Santamaría. Para ello, se analizan relatos de Manuel Argüello Mora, Ricardo Fernández Guardia y Carlos Gagini con el objetivo de contrastar el ideal heroico y el “concho” tradicional. Enseguida, se analizan personajes protagonistas contruidos como huérfanos de padre, lo cual permite realizar un recorrido por algunas de las primeras manifestaciones narrativas como *El huerfanillo de Jericó* (1888); *El Moto* (1900), identificada como una de las novelas centrales del periodo de formación de la narrativa; *Un Robinson tico* (1927), novela completamente olvidada; *Marcos Ramírez* (1950), clásico de la Generación del 40, entre otras.

En el capítulo III, *Máscaras de la seducción*, se analizan diferentes temáticas mediante el abordaje de estrategias de apropiación de las mujeres como un modo de socialización masculina. La primera de ellas concierne a la estructura narrativa sumamente productiva en la literatura costarricense: el triángulo erótico, donde dos hombres se disputan ya sea el amor de una mujer, el derecho de acceder a esta o la defensa de su propio honor al ser despojados de su objeto de deseo. En esta línea, se analizan novelas de García Monge, Jenaro Cardona y Carlos Gagini, entre otros. La segunda aborda la construcción subjetiva de ciertos personajes protagonistas enfrentados a la crisis identitaria y la necesidad de identificarse a sí mismos en tanto hombres dentro de un contexto complejo como la guerra en *El infierno verde* (1935) o la brutalidad de un mundo cambiante en *Pedro Arnáez* (1942). La tercera constituye una lectura de la novela *La ruta de su evasión* (1948) de Yolanda Oreamuno, como la primera vez en la que, desde el texto narrativo, se disecciona y analiza el patriarcado, su funcionamiento y su violencia sistémica para poner en evidencia el peso de una masculinidad tradicional largamente aceptada.

En *Hacia un hombre nuevo*, capítulo IV del estudio, se reflexiona a partir de la producción literaria vinculada ideológicamente con el pensamiento marxista, las luchas obreras y campesinas desarrolladas en el país desde los años treinta y el surgimiento de grupos feministas, con el fin de identificar las diferentes maneras en que dichos movimientos configuran un imaginario masculino en distintos espacios nacionales. Estas representaciones varían en torno al trabajo de la tierra y la explotación del

cuerpo del campesino enfrentado a la pérdida de esta como una derrota en su capacidad de posesión y dominio de la naturaleza, o bien, del obrero sacrificado en las plantaciones bananeras, en las cuales se entretejen amistades como una forma de vínculo de camaradería masculina que resulta esencial para la sobrevivencia. Sin embargo, estos espacios de explotación, camaradería y apoyo entre hombres se presentan igualmente como lugares donde la violencia de género, la cosificación del cuerpo femenino o la homofobia no logran realmente ser identificados dentro de las reivindicaciones posibles de los líderes ideológicos de la Generación del 40.

Finalmente, en el capítulo V, *Fronteras masculinas*, se estudian las representaciones de subjetividades masculinas tradicionalmente excluidas de la norma y controladas por una idea de masculinidad hegemónica, como es el caso de diversas situaciones en las que la masculinidad es puesta en duda, disminuida o negada para ciertos sujetos. Esto se identifica, por ejemplo, en el dilema de la masculinidad en situaciones de discapacidad física presentado en la novela *En una silla de ruedas* (1918) de Carmen Lyra o en la caracterización de las masculinidades clericales en la novela *La esfinge del sendero* (1916) de Jenaro Cardona. La exclusión se evidencia en las representaciones de la homosexualidad durante el periodo estudiado, las cuales, aunque son escasas, revelan una gran violencia en las relaciones entre hombres. Además, se estudian textos en que se

conjugan relaciones tanto de raza como de sexo por medio de las cuales se hacen presentes importantes discursos discriminatorios, excluyentes o claramente racistas, tanto desde la representación literaria, como en ciertos casos desde los análisis, clasificaciones e interpretaciones de la crítica. Las representaciones de los indígenas y de los afrocostarricenses se mantienen relegadas en contextos particulares en los que se construyen, adicionalmente, significados diferenciadores y excluyentes acerca de la masculinidad. Las polémicas de los últimos años en torno a la novela *Cocorí* (1947) de Joaquín Gutiérrez es una de las principales pruebas de estas tensiones.

Quiero agradecer los numerosos comentarios, intercambios, relecturas y conversaciones con amigas, amigos y colegas, quienes sin duda ayudaron a enriquecer las reflexiones que se presentan en estas páginas: Carla Rodríguez, Sonia Fernández Hoyos, Cécile Fourrel de Frettes, Mónica Albizúrez, Bénédicte Terrisse, Laure Guihéneuf y Carlos Solano. De igual manera, agradezco el apoyo incondicional de Michèle Soriano y de Ruth Cubillo, en el marco del proyecto de Habilitación a Dirigir Investigaciones (HDR). Por último, agradezco al laboratorio CRINI de la Universidad de Nantes por el financiamiento a la publicación y particularmente a Karine Durin por toda la ayuda y confianza. Gracias por supuesto a Arnaud, por estar.



Masculinidades literarias

Casi no hablaba con su mujer. Al principio, cuando se la llevó a vivir con él, era bueno y cariñoso; pero, a la par del tiempo, tuvo la sensación de que su mujer... era una vieja de madera; y permanecía viviendo a su lado áspero y huraño.

Ella no protestaba; sin embargo, en su silencio inconforme tenía ganas de herirlo de algún modo, para desquitarse de su degradación.

Carlos Salazar Herrera, "El chilamate".

Al hacer un recorrido general y diacrónico de las principales producciones narrativas costarricenses de finales de siglo XIX y principios del XX es relativamente fácil referirse a numerosas representaciones viriles con funciones similares –ya de por sí, en una literatura en donde priman los personajes masculinos escritos por hombres heterosexuales–, manifestaciones tradicionales y correspondencias con los valores patriarcales de antaño (de “hombres de pro”, como diría García Monge⁴). Es fácil también asignar características generales de cumplimiento de roles de género en una importante cantidad de textos que van desde la condena moralizadora (pienso en *El primo* de Cardona, *Las hijas del campo* de García Monge y *La sirena* de Gagini) hasta la exaltación del trabajo y la fuerza campesina (por ejemplo, en *Juan Varela* de Herrera García o *El sitio de las abras* de Dobles), que demuestran en qué medida los discursos binarios tienen una continuidad considerable. Aun así, ante la

extensión del *corpus* de esta investigación y los diferentes momentos históricos que atraviesa, me pregunto si es acaso esto posible, es decir, ¿mantiene la literatura costarricense durante varias décadas, desde sus inicios, una relación constantemente idealizada, normativa y restringida de la masculinidad y de las relaciones que estos personajes construyen con el género femenino? ¿Están las subjetividades masculinas en la narración constantemente ligadas a la ley del padre o a estructuras de dominación ampliamente descritas por los estudios feministas? ¿Cómo se construyen estas subjetividades en el texto narrativo y cuáles son sus prácticas, relaciones, oposiciones u órdenes? Para tratar de conceptualizar dichos elementos, haré primero un recorrido por los principales planteamientos teóricos en los estudios de las masculinidades para ir más adelante hacia la manera en que la historiografía literaria ha comprendido y clasificado la producción narrativa costarricense.

4 Descripción de los hombres influyentes del Desamparados descrito en *El Moto* (García Monge, 1959).

1.1 MASCULINIDADES, INSTITUCIONES Y PODER

1.1.1 Desarrollando un nuevo campo

El interés por un estudio académico y científico relacionado con las masculinidades no es realmente una novedad en el ámbito de las ciencias sociales y menos aún en los movimientos de luchas feministas, sino que han sido estos últimos quienes se encargaron, ya desde los años setenta, de traer a colación la necesidad de cuestionar la manera en que se construyen las relaciones de dominación en los comportamientos masculinos. Es principalmente a partir de los años ochenta cuando podemos ver un cambio considerable en la cantidad de estudios y las perspectivas propuestas en relación con las masculinidades, particularmente en el ámbito de la sociología (Whitehead, 2002, p. 9). Es así como se empieza a constatar la aparición de nuevas propuestas teóricas que permiten acercarse a la construcción social de las masculinidades dentro de las relaciones de género, pues conceptos como masculinidad hegemónica, que veremos más adelante, son introducidos en este momento. De igual manera, los estudios feministas en América Latina se interesan cada vez más en dichas problemáticas, tanto en publicaciones como en seminarios especializados, en particular durante los años noventa (Valdés y Olavarría, 1997, p. 10), al mismo tiempo en que aparecen poco a poco grupos de hombres con el objetivo de modificar sus prácticas de género así como sus implicaciones

sociales y personales (Viveros Vigoya, 2003, p. 27)⁵. En este proceso de intereses académicos se identifica el surgimiento de todo un campo interdisciplinario, dentro del cual se orientan una gran variedad de perspectivas y herramientas teóricas para el estudio de la cuestión de género a partir del análisis de la construcción de las masculinidades.

De acuerdo con Viveros Vigoya, el campo de los estudios de masculinidades en el espacio latinoamericano se desarrolla sobre todo a partir de la teoría feminista, y son sus principales teóricas y estudiosas quienes comienzan a introducir la perspectiva de las masculinidades en los programas académicos de universidades y en los ejes de nuevas investigaciones de género. Así, las principales áreas de conocimiento que se interesan por la cuestión son concretamente la sociología, la antropología, la psicología e incluso disciplinas relacionadas con la salud de los hombres (Viveros, 2018, pp. 62-63).

Como podemos ver, de manera general en América Latina, este desarrollo de los estudios permitió acercamientos interdisciplinarios dentro del espacio y particularidades latinoamericanas; sin embargo, para Viveros Vigoya, gran parte de estos trabajos escritos en español no logran circular suficientemente dentro de los estudios de género de las academias norteamericanas y europeas,

5 Ver, por ejemplo, dentro de este contexto: Bravo (1996); Guzmán y Portocarrero (1989); Lagarde (1992); León y Stahr (1995); Nolasco (1993); Raguz (1995); Ramírez (1993); Ríos (1990). Un primer balance de la situación para América Latina a mediados de los años noventa lo encontramos también en Viveros Vigoya (1997) y posteriormente en el artículo antes citado: Viveros Vigoya (2003).

lo cual deja de lado contribuciones importantes en esta disciplina y particularmente en su relación con los conceptos de raza –tema muy presente en distintas realidades latinoamericanas⁶–. La conclusión a la que llega la autora en el recorrido historiográfico de las investigaciones en masculinidades latinoamericanas es reveladora de las tendencias generales a partir, fundamentalmente, de dos supuestos:

En primer lugar, el de asignar a las investigaciones latinoamericanas el papel de exportadoras de materias primas de conocimiento (de experiencias sociales) e importadoras de paradigmas para interpretar y tratar teóricamente esas materias primas; y en segundo lugar, la persistencia de una imagen esencializadora y homogeneizadora de la “masculinidad latinoamericana”, vinculada a los imaginarios coloniales, modernizadores y europeizantes de las masculinidades de los grupos sociales dominados (Viveros, 2018, p. 103).

El análisis de Viveros Vigoya no solo sobre las principales temáticas tratadas, sino también, ante todo, la posición de la producción de conocimientos en América Latina se presenta como una invitación a orientar los trabajos que otorgan un lugar importante a las particularidades latinoamericanas respecto de sus prácticas masculinas, muchas de las

cuales han permanecido en posiciones de marginalidad y han sido leídas a partir de prismas que no se adaptan necesariamente a sus propias dinámicas.

El caso de Costa Rica y los estudios sobre masculinidades no difiere grandemente de las constataciones realizadas para América Latina en general, tanto en relación con el momento en que el desarrollo se hace manifiesto, como con los principales temas tratados. De acuerdo con Mauricio Menjívar Ochoa, quien ha realizado una importante cantidad de estudios en el país,

la mayor producción se ha desarrollado en los temas de la violencia y la paternidad, así como en la reflexión general sobre la identidad masculina. No obstante, debe decirse que quizá sea en otras temáticas en las que hay menor concentración de publicaciones, en las que se puede encontrar la realización más novedosa y desafiante, en tanto nos enfrente a nuevos temas, problemas y formas de aproximación (Menjívar Ochoa, 2010, pp. 48-49).

Podemos encontrar trabajos considerables en el área de estudio de paternidades, de masculinidad y violencia (violencia doméstica particularmente), identidades masculinas, etc. Dichos temas son abordados desde perspectivas sociológicas, antropológicas

6 Es importante señalar el trabajo de síntesis clara y sumamente explicativa que realiza Mara Viveros Vigoya en su libro *Les couleurs de la masculinité* (Viveros, 2018, pp. 62-104), sobre la variedad de estudios que han sido desarrollados por investigadoras e investigadores latinoamericanos, especialmente a lo largo de los últimos treinta años. Esta síntesis da cuenta de una importante diversidad temática que incluye la relación de masculinidades con las identidades latinoamericanas, trabajo e identidades profesionales, masculinidades e identidades etnoraciales, masculinidad y violencia, salud sexual y reproductiva, prácticas homoeróticas, etc. A esta constatación se pueden agregar los trabajos recientes sobre la violencia machista y el capitalismo *gore* de la filósofa mexicana Sayak Valencia (2010), (2014) y (2015) en los que se exploran las implicaciones de nuevas masculinidades contemporáneas.

y psicológicas⁷. Importantes trabajos en el área de la historia dan una visión general de relaciones de género, por ejemplo, en vinculación con la locura (Flores González, 2013), o a partir de usos discursivos variados como en el libro de Patricia Alvarenga, *Identidades en disputa* (Alvarenga Venutolo, 2012) –en el cual encontramos, además, consideraciones de género y literatura–. Otros ejemplos se pueden situar de forma más específica en estudios sobre viajeros (Alvarenga Venutolo, 2013) y comunidades indígenas (Menjívar Ochoa, 2013). Los trabajos sobre masculinidades en Costa Rica presentan ya una producción considerable que trata de cuestionar las formas de relación y las prácticas masculinas en diferentes grupos.

En el caso de la literatura y la representación de masculinidades es posible constatar un interés especial en formas disidentes o reivindicativas de la masculinidad en textos literarios, sobre todo en el área de los estudios LGBTQI⁸, esto debido, precisamente, a que el desarrollo de los estudios de género y literatura en Costa Rica –como es el caso en América Latina de manera general– inicia desde las propuestas feministas con un amplio desarrollo en diversas perspectivas,

las cuales a su vez abren el espacio de reflexión a estudios de marginalidad sexual y disidente (propuestas desde teorías *queer*), literatura homoerótica, hombres gais e inclusive comunidad gay y crisis del sida⁹. Los estudios de masculinidades literarias se han realizado principalmente de manera dependiente del análisis de identidades femeninas¹⁰ y toman de la palabra de las mujeres en la sociedad patriarcal, del estudio de roles de género, erotismo, escritura femenina, etc¹¹. Desde una perspectiva propia del estudio de masculinidades en la literatura costarricense, los aportes son aún sumamente escasos; más allá de mi artículo sobre *El Moto, La esfinge del sendero y El primo* (Coto-Rivel, 2017a), encontramos un trabajo de posgrado en literatura latinoamericana que aborda dicha cuestión teórica en dos novelas más recientes, de Carmen Naranjo y Samuel Rovinsky (Romero Zúñiga, 2018).

Las razones que, desde mi punto de vista, explican la escasa presencia de publicaciones que propongan lecturas analíticas de textos literarios costarricenses a partir de nociones recientes de masculinidad, más allá de procesos normales dentro de la circulación de herramientas teóricas en

7 Para profundizar en estudios de masculinidades desde las ciencias sociales, ver: Acuña Cepeda y Preciado Cortés (2008); Chant (2002); Chant y Moreno (2005); Flores González (2013); Flórez-Estrada Pimentel (2019); Gamboa Brenes (2014); Menjívar Ochoa (2004), (2005), (2007), (2010), (2017); Sandoval García (2006).

8 El artículo de Jiménez Bolaños da una perspectiva histórica del desarrollo de estos estudios en Costa Rica (Jiménez Bolaños, 2014).

9 Algunos ejemplos de las problemáticas mencionadas son: Caamaño (2005); Carrasco (2003); Chacón (2009); Coto-Rivel (2009); J. P. Rojas González (2009), (2020); Valencia (2003).

10 Un ejemplo de esta orientación lo encontramos en el artículo de Ana Elena Castillo sobre Carlos Gagini (Castillo Víquez, 2004), en el cual la autora retoma posiciones teóricas del estudio de masculinidades para comprender la configuración simbólica de la figura de la sirena en la narrativa de Gagini.

11 Es claro que los estudios literarios a partir de lecturas feministas (libros, ensayos, tesis, artículos) tienen una presencia considerable en la crítica literaria costarricense. Tanto las perspectivas teóricas de análisis, como las épocas y autoras y autores estudiados son variados y dan cuenta de un interés creciente en especial a partir de los años noventa. Algunos ejemplos significativos son: Araya Solano (1987), (1991); Calvo Fajardo (2003); Calvo Oviedo (2014); Cubillo Paniagua (2001), (2011); Macaya Trejos (1992), (1997).

la academia, pueden explicarse por varios factores. En primer lugar, los estudios de género y literatura no han dejado de lado la cuestión de la masculinidad; esta ha estado muy presente en las nociones de patriarcado, particularmente. Sin embargo, por razones históricas y políticas de los movimientos feministas, la urgencia se encontraba –aunque sigue siendo importante y actual– en la necesidad de no solo comprender las estructuras de dominación patriarcal y su funcionamiento, sino también de dar la palabra a las mujeres escritoras, escuchar las voces marginadas, reivindicar las posiciones de personajes femeninos, denunciar la violencia física y simbólica evidentes en el texto, etc. La literatura ha sido por mucho tiempo un espacio típicamente masculino, desde sus condiciones de producción y de recepción hasta sus temas centrales y las posibilidades de toma de la palabra en los mundos narrados, de manera que la crítica literaria feminista tenía, por razones evidentes, otros objetivos, más allá de observar con atención los rasgos de la masculinidad en literatura¹².

En segundo lugar, y más particularmente respecto de la literatura de la primera mitad del siglo XX, los estudios culturales y literarios en Costa Rica se han centrado sobre todo en la comprensión de procesos de construcción identitaria nacional a partir de un análisis profundo de sus condiciones de producción –políticas, económicas y sociales– en el nacimiento

y desarrollo de la literatura costarricense. La crítica literaria marxista tuvo una influencia considerable en la relectura de la historia literaria nacional y en la demarcación y clasificación de periodos y estéticas. Los trabajos centrales de Álvaro Quesada Soto en estos temas –a los cuales me referiré ampliamente después– sentaron las bases de todo un aparato crítico e interpretativo de la literatura nacional, el cual sigue teniendo gran vigencia, especialmente cuando nos interesamos en las primeras décadas de la narrativa costarricense¹³. Otro ejemplo interesante y que constituye un aporte importante dentro de esta perspectiva de análisis es el libro *La casa paterna, escritura y nación en Costa Rica* (Ovares et al., 1993), el cual introduce aspectos de género en la lectura historiográfica de las condiciones literarias de producción del discurso nacional. Sin embargo, y a pesar de tomar la idea del discurso patriarcal de la casa del padre como elemento fundador, no se profundizan las implicaciones de la construcción masculina más allá de interpretaciones míticas y simbólicas de la figura paterna.

En tercer lugar, podemos identificar un interés creciente en los estudios de género a partir de la renovación teórica y epistemológica del feminismo de la tercera ola y los aportes de teorías posmodernas que corresponden igualmente a la influencia de las reivindicaciones de marginalidades plurales, literaturas gay-lésbicas, violencia

12 Es necesario dejar claro que los ejes establecidos por la crítica feminista en general y sus procesos de evolución siguen teniendo una gran pertinencia y continúan siendo necesarios para comprender las problemáticas de género contemporáneas. La importante producción de estudios académicos y críticos en la actualidad lo demuestra.

13 En este sentido son esenciales tres libros historiográficos con un fuerte enfoque histórico y social de Quesada Soto que son: *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)* (Quesada Soto, 1986), *La voz desgarrada. La crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense (1917-1919)* (Quesada Soto, 1988) y *Uno y los otros. Identidad y literatura en Costa Rica 1890-1940* (Quesada Soto, 1998).

y homofobia. Como se señaló, la masculinidad es, en ese sentido, abordada primordialmente desde las diferentes formas de exclusión y utilizando nociones de performatividad de género (Butler, 2002, 2006) y de heterosexualidad obligatoria, por solo mencionar algunas de las principales ideas. El estudio de las producciones homoeróticas en la literatura costarricense empieza principalmente a partir de los años dos mil y responde de igual forma a una necesidad urgente de reivindicación política de una comunidad gay que comenzaba apenas a tener visibilidad y espacios públicos de toma de la palabra. Una vez más, la comprensión de articulaciones de los discursos patriarcales en la formación de subjetividades masculinas, más allá de la homofobia y las identidades marginales, no es realmente el objetivo central para articular discursos de lucha y de oposición.

En cuarto lugar, el hecho de que el desarrollo más importante de los estudios de masculinidades en el país se diera particularmente desde la sociología y la psicología en planteamientos teóricos y estudios de caso produjo un funcionamiento en cierta medida paralelo a los estudios de producciones culturales desde las teorías feministas y *queer*, las cuales no se apropiaban realmente de las propuestas y conceptos que podían ser útiles en el análisis de la literatura y de sus condiciones de producción. De esta forma, las investigaciones más recientes sobre género y literatura

se interesan sobre todo en identidades marginales, étnicas o en representaciones corporales y eróticas¹⁴, las cuales siguen produciendo reflexiones necesarias, proponiendo relecturas y abriendo campos en los estudios literarios costarricenses.

Finalmente, es necesario mencionar que dentro de los estudios de las masculinidades es posible identificar diferentes propuestas con posiciones que parecen ignorar décadas de avances teóricos feministas para centrarse concretamente en la constatación de un sufrimiento masculino, el cual –a pesar de que se puede aceptar su realidad– es interpretado como producto de cambios sociales ocasionados por la supuesta ascensión fulgurante de las mujeres al poder. En otras palabras, se trata en muchos casos de teorías que fundamentan la idea de una crisis profunda de la masculinidad contemporánea, ante la que habría que tomar acciones claras como una reapropiación del poder masculino por parte de los hombres¹⁵. A este respecto, Stefan Horlacher aclara, desde el inicio de su artículo sobre la configuración de masculinidades, que “[l]os estudios sobre la masculinidad no son una reacción conservadora, sino una necesidad social” y continúa en una nota:

Es necesario diferenciar claramente entre las formas actuales de ‘estudios de la masculinidad’ o ‘estudios críticos sobre los hombres y las masculinidades’ a los que

14 Algunos ejemplos de publicaciones dentro del área son: Campos López (2019); Coto-Rivel (2016); Lago-Graña (2015); Mandel Katz (2010); Martínez Alpízar (2012); Muñoz (2010); Murillo Chinchilla (2016); Poe Lang (2013); Quesada (2013b); Rodríguez Corrales (2019); Vargas Vargas (2013).

15 Ejemplos de estas propuestas son *The Decline of Men* (2009) de Guy Garcia, o bien, desde una perspectiva claramente reaccionaria, *Le premier sexe* (2006) de Eric Zemmour.

me refiero, y las perspectivas más conservadoras y reaccionarias que pueden ser consideradas, con razón, como reacciones violentas (Horlacher, 2015, p. 1).

De esta manera, posiciones reaccionarias y antifeministas, identificadas con el estudio de masculinidades, han podido crear desconfianza desde los estudios culturales y los

estudios feministas con respecto al análisis de la configuración de masculinidades. El sentimiento de desconfianza está, desde mi punto de vista, bien justificado en la medida en que numerosas publicaciones tienden a cuestionar la dominación masculina¹⁶ sobre la mujer, lo cual conduce potencialmente a relativizar los actos de violencia.

I.1.2 Masculinidades / virilidad

“ La incertidumbre sobre lo masculino (su facticidad) deriva en gran medida, me parece, del hecho de que la masculinidad es algo distinto de lo que se pretende que es. ”

Colette Guillaumin,
Race, sexe et pratiques du pouvoir.

La primera noción que entra en juego al enunciar el subtítulo anterior tiene que ver con la necesidad de mantener en plural una caracterización que ha sido típicamente relacionada con la unidad básica que mantiene el orden estructural de las relaciones sociales. Hablar de masculinidades obliga a pensar de forma múltiple un concepto que hasta hace poco tiempo era considerado no solamente unívoco, sino que ni si quiera hacía falta mencionarlo, ya que parecía ser tomado como una evidencia

absoluta: el género no marcado, o mejor dicho, el masculino universal dentro del cual todo se funde y se diluye. La universalidad del concepto como justificación, por ejemplo, de la regla gramatical, impide una definición y deja de lado todo intento por caracterizar y conceptualizar sus límites y funciones. ¿Por qué definir lo universal si su ontología podría darnos una impresión de igualdad y de horizontalidad de las relaciones? Tanto el concepto humanista de hombre como su adjetivo masculino

16 Ver, por ejemplo: *The Myth of Male Power: Why Men Are the Disposable Sex* (1993) de Warren Farrell, o bien *Not Guilty: The Case in Defense of Men* (1993) de Tom Cain.

logran diseminar una espesa cortina de humo ante cualquier tipo de cuestionamiento de sus implicaciones, en especial cuando se trata de discernir un sistema de desigualdad de género. Este carácter natural aparente y la ausencia casi total de consciencia de atribuciones de género cuando se habla de hombres parecen desaparecer bruscamente en el momento en el que se identifica una falta o una transgresión dentro de las imágenes o normas que las componen. La feminización de comportamientos o cuerpos masculinos está lejos de pasar desapercibida en nuestras sociedades occidentales y puede, a su vez, ocasionar consecuencias importantes para quienes transgredan la norma.

Violentos discursos homofóbicos¹⁷ suelen acompañar e identificar estas transgresiones o simples faltas a las reglas y caracterizaciones de un cierto tipo de masculinidad. Esto nos muestra que el equilibrio que pretende mantener un orden en las representaciones sociales de la masculinidad resulta bastante frágil; su naturalidad se disminuye para mostrarnos una constante llamada al orden, la cual permite identificar con facilidad y en un contexto determinado a un hombre afeinado con sus respectivas implicaciones y consecuencias. Lo mismo podemos encontrar cuando es una mujer quien adopta comportamientos e imágenes típicamente viriles, ¿pertenecen acaso estas características solamente a los hombres identificados biológicamente como tales? ¿Cuáles son las consecuencias para una mujer al caracterizar su cuerpo con los atributos de la masculinidad? En otros términos, es posible también

encontrar una importante diversidad de normas masculinas cuando cuestionamos su funcionamiento en momentos históricos distintos, sobre todo en lo que respecta a clasificaciones de género que se atribuyen a diferentes profesiones u oficios. Por ejemplo, la fuerza física identificada con el trabajo en el campo en oposición a la vida artística o literaria típicamente urbana.

Se puede pensar también en el obrero de las plantaciones frente al asistente de oficina o el cura de la parroquia: las normas y obligaciones que identifican y clasifican estas distintas posibilidades no pueden ser situadas de la misma manera en momentos históricos diferentes en los que ciertos oficios ocupan posiciones representativas para una sociedad determinada. Vista de esta manera, la idea de masculinidad como el género no marcado o difícil de definir comienza a resquebrajarse para mostrar una importante complejidad y ante todo implicaciones y consecuencias sumamente pesadas y más aún urgentes: basta con pensar las relaciones directas existentes entre violencia masculina y feminicidios en América Latina.

Las críticas feministas a estructuras lingüísticas que impiden no solamente la feminización de palabras, sino que también obligan la generalización por medio del masculino, no son más que un paso necesario ante la desestructuración de un sistema que naturaliza y, por lo tanto, invisibiliza un concepto totalmente artificial, construido históricamente, sumamente cambiante y altamente dañino como puede

17 Los crímenes de odio (agresiones, violaciones y asesinatos) contra personas transexuales son una muestra del despliegue de violencia que puede ocasionar el cuestionamiento de las categorías de género y su demostración pública.

ser el de virilidad. Además, el simple hecho de hablar de la posibilidad de que existan diferentes manifestaciones o realizaciones de la masculinidad y que estas dependen de un contexto histórico determinado que las produce y las valida no es suficiente para comprender el funcionamiento del sistema que las genera. Por esta razón, voy a centrarme ahora en las diferentes herramientas que el pensamiento feminista, en primer lugar, y los estudios sobre masculinidades, posteriormente, han propuesto para comprender las relaciones de poder subyacentes dentro de estas categorías.

De acuerdo con Connell, tanto los estudios gay-lésbicos como la teoría feminista parecen estar de acuerdo en que la masculinidad dominante (*mainstream masculinity*) está “fundamentalmente relacionada con el poder, organizada para la dominación y es resistente al cambio gracias a las relaciones de poder” (Connell, 2005, p. 42). Así, su objetivo parece estar directamente ligado con su autojustificación y con la protección del sistema que mantiene en pie. Esta afirmación nos hace entrar de lleno en uno de los aspectos cruciales dentro del desarrollo teórico de los estudios de género y masculinidades, en la medida en que la comprensión de procesos relacionados con el poder, la dominación y la violencia han orientado las principales reflexiones teórico-metodológicas que serán utilizadas a lo largo de este estudio. Sin embargo, aprehender estos procesos no es tarea fácil y no pueden ser abordados de forma lineal; por esta razón, presentaré aquí una serie de conceptos y aproximaciones teóricas que han hecho avanzar el estudio de las masculinidades en las últimas décadas.

Anteriormente hemos visto la necesidad de tomar en cuenta la perspectiva histórica inherente a las masculinidades y sus posibilidades de realización, ya que las diferentes órdenes asociadas al ser hombre están sujetas a tendencias imperantes en una sociedad y contexto determinados. En este sentido, una historia de la masculinidad pretende, en primer lugar, desligarse de la noción universalista de hombre –ya que, de todas maneras, la historia ha sido siempre masculina– para ocuparse en concreto de las formas en que la masculinidad se ha incorporado de manera diacrónica. A partir de estos estudios, se puede ver más claramente que, más allá de las consideraciones personales, las definiciones de masculinidad están profundamente imbricadas en la historia de las instituciones y las estructuras económicas. La masculinidad no es simplemente una idea en la cabeza o una identidad personal; también está “extendida en el mundo, fusionada con instituciones organizadas” (Connell, 2005, p. 29). Así, la historia de dichas instituciones y estructuras puede dar indicios importantes sobre las representaciones sociales, los roles típicos obligatorios y condenables relacionados con lo que identificamos actualmente con la masculinidad.

Es importante también señalar que incluso el término masculinidad en sí mismo posee un historia relativamente reciente y que se encuentra atestado sobre todo en relación con las sociedades europeas del siglo XVIII y sus esfuerzos por comenzar a definir criterios corporales de género (Petersen, 1998, p. 42). De la misma manera, es necesario recordar los diferentes términos que han sido utilizados para construir una diferenciación corporal y una caracterización del sujeto masculino como pueden

servarón o macho¹⁸. Esto nos lleva inevitablemente al sustantivo virilidad y su correspondiente adjetivo viril, los cuales parecen dar cuenta de procesos diferentes relacionados con las caracterizaciones del hombre desde un punto de vista histórico. Esta ha sido, por ejemplo, la orientación que tomaron Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello, todos especialistas de historia cultural, al preparar los tres volúmenes dedicados a la historia de la virilidad desde la época antigua hasta el siglo XXI (Corbin *et al.*, 2015a). En ellos podemos ver un recorrido historiográfico que toma en cuenta representaciones sumamente variadas de la virilidad desde el cuerpo, las imágenes, distintos tipos de discursos, la literatura, el cine, etc. ¿Por qué realizar una historia de la virilidad y no de la masculinidad propiamente dicha? En este caso, la elección del término es esencial, ya que, al considerar las justificaciones teóricas del estudio, la idea de virilidad no corresponde siempre con el hombre como tal, por más que forme parte indiscutiblemente de las características básicas de cierto tipo de masculinidad. La virilidad, según los autores, es comprendida dentro de su aura de virtud:

La virilidad está marcada por una tradición inmemorial: no es simplemente lo masculino, sino su propia naturaleza, y su parte más "noble", o más completa. La virilidad sería la virtud, la culminación. La virilitas romana, de la que procede la palabra, sigue siendo un modelo, con sus cualidades claramente declinadas: sexuales, las del marido "activo", poderosamente constituidas, procreadoras pero también equilibradas, vigorosas y

contenidas, valientes y comedidas. El *vir* no es simplemente *homo*, el *vir* no es simplemente el hombre, es más aún: ideal de poder y virtud, seguridad y madurez, certeza y dominio (Corbin *et al.*, 2015a, p. 7).

La evidencia del carácter histórico del concepto de virilidad (así como su correspondiente griego, *andreia*) se relaciona directamente con todo un conjunto de asociaciones y correspondencias que han sido asignadas al hombre y en consecuencia a su propia subjetividad, como de ideales de virtud casi inalcanzables. Es así como estas asociaciones forman parte del hombre: si el *vir* no es simplemente *homo*, como lo señala el autor, es precisamente el *homo* quien puede y debe acceder a dicho ideal, asumiendo también las consecuencias de su ascensión o no, y subrayando al mismo tiempo la exclusión de las mujeres. El ideal de virilidad se encuentra también ligado a una forma de opresión y de mantenimiento del poder masculino. La historia de la virilidad representa un elemento esencial de la historia de las masculinidades y no de cualquier tipo de ellas, sino de la más idealizada, al corresponder en distintas épocas con sus normas y obligaciones. Vuelvo ahora a una de las preguntas clave dentro de la comprensión de las masculinidades y que ha estado en el centro de los debates e intereses de las teorías feministas: la cuestión del poder, el poder masculino y en particular la organización y mantenimiento de un sistema de dominación. El concepto de patriarcado propuesto desde el feminismo logró conceptualizar todo un

18 "En contraste, los términos 'varonil' y 'hombría' formaban parte del vocabulario cotidiano durante las épocas victoriana y eduardiana. Newsome (1961), por ejemplo, describe la relación que tenía el 'ser varonil' con las nociones de bondad y virtud cristiana durante el siglo XIX y principios del XX" (Whitehead, 2002, p. 14).

funcionamiento ideológico al servicio tanto del poder masculino en sí como de su perpetuación, el cual se encuentra permeado en todo tipo de relación de poder en la sociedad, sea este científico, político, financiero, etc. (Millett, 2000, p. 25). Este aspecto del poder es también mantenido, de acuerdo con otras teóricas, a partir de la fuerza física y la violencia. Para Rich, por ejemplo:

El patriarcado es el poder de los padres: un sistema familiar y social, ideológico y político en el que los hombres –por la fuerza, la presión directa o a través de los rituales, la tradición, la ley y el lenguaje, las costumbres, la etiqueta, la educación y la división del trabajo– determinan el papel que debe o no debe desempeñar la mujer, y en el que la mujer está en todas partes sometida bajo el hombre. No implica necesariamente que ninguna mujer tenga poder o que todas las mujeres de una determinada cultura no tengan ciertos poderes (Rich, 1976, p. 57).

La permanencia del poder del padre pone en evidencia que la idea de virilidad se encuentra realmente relegada a uno de los aspectos de la masculinidad dentro del cual numerosas virtudes e ideales míticos y simbólicos son asociados para idealizar y limpiar su imagen de objetivo por alcanzar o de modelo último. Esto nos permite, así mismo, separarnos de todo tipo de definición esencialista de la masculinidad situada en discursos generalizadores, tales como el carácter activo de hombre frente a la pasividad femenina (Connell, 2005, p. 68) al identificar de manera clara tanto el funcionamiento estructural e ideológico del patriarcado como las estrategias y procedimientos por medio de los cuales este funciona

y se perpetúa. La virilidad tiene, en ese sentido, una función importante para las ideas ligadas a la masculinidad en Occidente, en la medida en que cataliza imágenes y representaciones determinantes dentro de una definición normativa de la masculinidad. Es importante igualmente tomar en cuenta el hecho de que la repetición de todo un conjunto de imágenes ideales de la virilidad contribuye a la normalización de figuras clave o modelos de hombre en un momento determinado.

Las producciones culturales juegan aquí un papel esencial dentro de esta configuración y la literatura ha producido, por su parte, una considerable cantidad de referencias viriles. Connell señala sobre este respecto los límites evidentes de las definiciones normativas, ya que, además de demostrar una importante dificultad para la mayoría de hombres de alcanzar el ideal de la norma, estas generan paradojas con respecto a lo que es considerado como norma y con respecto a qué sistema de valores (Connell, 2005, p. 70). En su estudio sobre el mito de la virilidad, Olivia Gazalé parte también del concepto de virilidad, no para caracterizar solamente sus distintas manifestaciones históricas, sino también para tratar de comprender la manera en que se pone en práctica todo un sistema de dominación alimentado por representaciones idealizadas del hombre y al que llama “viriarcado” (Gazalé, 2017). Para la autora, este término correspondería mejor que el de patriarcado, utilizado desde hace ya medio siglo por los estudios feministas a partir de los trabajos de Kate Millet, pues el hombre mantiene el poder independientemente de que este sea padre o no (Gazalé, 2017, p. 55).

Otra implicación importante relacionada con el carácter histórico de las masculinidades tiene que ver con su relación intrínseca con categorías determinantes en diferentes momentos y espacios tales como la edad, la clase, la sexualidad y la etnicidad. No es posible comprender el establecimiento de criterios específicos de ciertas formas dominantes de masculinidad a través de procesos históricos si estas no son puestas en relación con otros sistemas de dominación y de organización social. De esta manera, es posible ir más allá de un análisis que se basa solamente en uno de los aspectos más evidentes de las relaciones de género, que es la oposición entre lo masculino y lo femenino, la cual, a pesar de estar fuertemente enraizada en nuestras sociedades occidentales, permite solo una comprensión limitada del sistema.

El dualismo masculinidad-feminidad se encuentra dentro de las nociones básicas que fundan la percepción social de la masculinidad; un hombre sería lo que no es una mujer, pero también se opone a otras categorías de masculinidad como la que diferencia a un heterosexual de un homosexual, al ser este último una forma de hombre en muchos casos inferiorizada por medio de la feminización de su cuerpo y sus acciones.

Otras formas de organización de la verticalidad del poder masculino son perceptibles en la oposición entre hombre y niño o en las relaciones sociales que ponen en juego las masculinidades blancas de clase media con las correspondientes a sujetos negros, asiáticos, indígenas, pobres, tercermundistas, etc. De igual manera, las identidades nacionales pueden tener un valor fundado en particularidades masculinas y viriles, por lo cual la idea de nación es un criterio importante por tomar en cuenta dentro de este sistema. La comprensión de las relaciones y construcción del género desde un punto de vista interseccional¹⁹, como el que se propone al cruzar criterios económicos, étnicos y sociales, pone en evidencia que la masculinidad no puede ser comprendida simplemente como un elemento aparte que se agrega a la lista, dado que esta funciona de manera simultánea y a diferentes niveles en estructuras sociales distintas. Estos ejemplos demuestran una concepción subyacente del género en la que, siguiendo la propuesta de Joan Scott, este se presenta como una primera manera de significar las relaciones de poder²⁰.

El caso del siglo XIX en América Latina –y como lo fue, por supuesto, en otros contextos de excolonia– puede darnos ejemplos

19 Me refiero aquí al concepto de interseccionalidad partir de las propuestas metodológicas desarrolladas por Kimberlé Crenshaw (Cho *et al.*, 2013; Crenshaw, 2005). Dentro del ámbito latinoamericano es importante también acercarse a las propuestas de María Lugones (2008) sobre lo que la autora llama el sistema moderno/colonial de género (reconceptualización de las propuestas sobre la colonialidad del poder de Aníbal Quijano) en el que el análisis interseccional es indispensable para comprender relaciones sociales en América Latina.

20 Para Scott, su definición de género es doble: “El núcleo esencial de la definición se basa en la relación fundamental entre dos proposiciones: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias percibidas entre los sexos, y el género es una forma primaria de significar las relaciones de poder” (Scott, 1988, p. 144).

considerables relacionados con la negociación de identidades político-económicas, nacionales y de clase que se ven permeadas por relaciones de género y que producen y perpetúan la dominación masculina desde una lógica de sistema natural. Es el caso particularmente de la construcción de héroes nacionales y todos los discursos de gesta producidos a su alrededor como elemento fundador de la nacionalidad y que, por lo tanto, poseen un fundamento masculino que permite su validez y le otorga al mismo tiempo una ilusión de fundirse con lo universal.

Evidentemente, los ejemplos pueden ser multiplicados para dar cuenta de un sistema de relaciones que va más allá de una lista de oposiciones binarias y que revela una importante complejidad que se estructura de manera distinta en épocas y espacios diferenciados. Así, es posible pensar en diferentes caracterizaciones que se podrían construir como una suerte de otredad de la masculinidad, inclusive las representaciones de valores viriles correspondientes a épocas distintas podrían entrar dentro de

dicha dinámica. Es esta primera oposición a lo femenino la que permanece como un elemento no solamente fundador de la masculinidad dentro del patriarcado, sino también como una justificación mítica o hasta biológica tanto de la diferencia de sexos como de la superioridad masculina. En otras palabras, esta oposición básica tiene una función social importante en la medida en que visibiliza lo que comprendemos como femenino y masculino y lo hace natural. Esto supone que la feminidad sería fácilmente identificable como no masculina y que la oposición de ambos sexos es real y evidente. Este sistema de oposiciones ha jugado un papel importante dentro del pensamiento feminista con el objetivo de comprender las diferencias de género a partir de una definición semiótica del sistema. Sin embargo, más que demostrar los procesos de construcción y de naturalización del género, este sistema demuestra la oposición entre lo universal o no determinado (la masculinidad) y lo específico o diferente (la feminidad) y subraya el carácter de universalidad masculina que señalé anteriormente (Connell, 2005, p. 70).

1.1.3 Masculinidad hegemónica

Ahora bien, ¿de qué manera definir y comprender la masculinidad tratando de evitar las diferentes trampas en las que se puede caer al utilizar definiciones esencialistas o normativas? Es en esta área en la que la socióloga australiana Raewyn Connell, citada en varias ocasiones, elabora una propuesta sumamente productiva que nos ayuda a

pensar la masculinidad no como un objeto que debe ser identificado y definido, sino más bien como un lugar dentro del cual se producen las relaciones de género y como una serie de prácticas por medio de las cuales tanto hombres como mujeres ocupan ese lugar en el género, al igual que los efectos de esas prácticas sobre la

experiencia corporal, la personalidad y la cultura²¹ (Connell, 2005, p. 71).

Esta definición, a pesar de ser propuesta como una forma breve de acercarse a una cuestión compleja, permite subrayar primero la variedad de relaciones de género que se producen en ese “lugar” de la masculinidad, sin necesariamente tener que caracterizar un objeto claro. Además, es posible salir de definiciones que se centran en la base de la diferencia de géneros al señalar que ese lugar puede ser ocupado tanto por hombres como por mujeres, aun cuando los efectos sobre el cuerpo y personalidad de ambos puedan diferir ampliamente. Precisamente, esta noción es la que permite también a la autora considerar la masculinidad y la feminidad como proyectos de género en la medida en que ambas caracterizaciones son el resultado de un proceso dinámico, de una configuración de prácticas de género (Connell, 2005, p. 72). Lo anterior permite pensar la masculinidad obligatoriamente dentro de un contexto histórico determinado, el cual produce subjetividades masculinas o diferentes a partir de criterios relevantes para la época; de ahí su carácter dinámico o constantemente en formación. No obstante, al desarrollar las distintas propuestas de Connell es necesario tomar en cuenta que es posible identificar límites desde un punto de vista teórico a su planteamiento de la masculinidad, los cuales señalan

tanto una dificultad epistemológica en la caracterización de identidades masculinas como una imposibilidad de plantear perspectivas de oposición al poder hegemónico de un tipo de masculinidad. Así, trataré de matizar a continuación las propuestas de Connell con sus principales críticas²².

El carácter histórico implícito al mencionar diferentes contextos puede definir, adicionalmente, instituciones con un interés marcado por aspectos ligados a cierto tipo de masculinidad. El Estado, el Ejército, la Policía, el sistema educativo o aun la empresa privada y sus marcas más visibles tienen un papel determinante en la configuración de prácticas de género y pueden beneficiarse por dichas construcciones. Todd Reeser, por ejemplo, considera que no solamente las instituciones pueden contribuir con la creación de masculinidades, sino que también ciertas masculinidades crean algunas de estas instituciones para su propia validación, funcionamiento y preservación:

La masculinidad militar también es producida, por ejemplo, por el cine y por las empresas (como la comercialización de juguetes militares para niños pequeños). Varias instituciones pueden funcionar conjuntamente para construir la masculinidad: el deporte y el ejército pueden tener un interés mutuo en una determinada marca de masculinidad muscular o en forma, pero ninguna de ellas crea la masculinidad desde cero. Otro problema

21 “La ‘masculinidad’, en la medida en que el término pueda definirse brevemente, es simultáneamente un lugar en las relaciones de género, las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres se comprometen con ese lugar en el género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura” (Connell, 2005, p. 71).

22 Una de las primeras críticas al planteamiento teórico de la masculinidad hegemónica se encuentra en el artículo de Mike Donaldson titulado “What Is Hegemonic Masculinity?” (Donaldson, 1993), en el cual el autor realiza una revisión del término y aporta preguntas cruciales relacionadas con el carácter político y reivindicativo de Connell basado en la teoría feminista.

que se plantea al considerar que las instituciones crean la masculinidad es que la masculinidad no es creada simplemente por estas, ya que la propia masculinidad también contribuye a crear las instituciones (Reeser, 2010, p. 20).

Como podemos ver, la relación entre los efectos de la institución y las condiciones de su creación componen un mismo ciclo de prácticas simbólicas que mantienen el género. Según Connell, un punto clave dentro de este proceso de configuración se relaciona con comprender que las instituciones están fundamentalmente relacionadas con el género no solo de forma metafórica: “Las instituciones tienen un carácter substancialmente determinado por el género” (Connell, 2005, p. 73). El caso del Estado como institución fundamentalmente masculina se evidencia, por ejemplo, en la cantidad de hombres que se encuentran en los puestos esenciales de su funcionamiento como parte de todo un sistema que organiza la selección de estos y las posibilidades que se les dan para avanzar dentro de su estructura jerárquica. Así, la existencia y relevancia de ciertas instituciones permiten la configuración tanto de subjetividades de género como de discursos de validación de estas. Pensemos, por ejemplo, en las particularidades del sistema oligárquico en el contexto latinoamericano, en específico como herencia de una estructura colonial dentro de las relaciones económico-sociales, en la cual es posible identificar diversas prácticas que dan cuenta de instituciones fundamentalmente masculinas basadas en valores vistos como universales de la virilidad. Otro caso pertinente en relación con diferentes instituciones, y

que analizaré más adelante, es el sistema económico introducido a partir de finales del siglo XIX en Costa Rica en la invención y desarrollo de la economía transnacional de la United Fruit Company, institución que produce, por medio de una cantidad importante de obligaciones, una relación y un ideal de masculinidad útil para su funcionamiento.

Uno de los conceptos de análisis de las masculinidades que quizás ha sido de los más productivos en los últimos años fue propuesto por Carrigan, Connell y Lee a mediados de la década de 1980 y es el de masculinidad hegemónica (Carrigan *et al.*, 1985). Numerosos teóricos y teóricas se han basado en sus postulados para compensar lo que Whitehead califica de ceguera con respecto al poder (Whitehead, 2002, p. 88) que caracterizaba los estudios sobre masculinidades en su primera ola. Estos parecían dejar de lado un elemento esencial de las relaciones de género y construcción de la masculinidad, es decir, la utilización y mantenimiento del poder y, por ende, la subordinación de las mujeres. El reconocimiento de una diversidad de masculinidades que se cruzan con categorías étnicas y sociales conlleva inevitablemente una reflexión sobre las relaciones de poder y resistencias que se producen dentro de dicho sistema; en consecuencia, la reflexión sobre el poder podría evitar también que la diversidad de masculinidades pierda de vista las particularidades de cada una. Con este objetivo, la propuesta de Connell y sus colegas consiste en identificar el carácter y funcionamiento de una forma de masculinidad que, por su prevalencia y ejercicio de dominación, dieron en llamar hegemónica:

La capacidad de imponer una definición particular sobre otros tipos de masculinidad es parte de lo que entendemos por "hegemonía". La masculinidad hegemónica es mucho más compleja de lo que sugieren las explicaciones de esencias de los libros de masculinidad. No es un "síndrome" del tipo que se produce cuando los sexólogos como Money reifican el comportamiento humano en una "condición", o cuando los médicos reifican la homosexualidad en una patología. Es, más bien, una cuestión de cómo determinados grupos de hombres habitan posiciones de poder y riqueza, y cómo legitiman y reproducen las relaciones sociales que generan su dominación (Carrigan *et al.*, 1985, p. 592).

Pensar en términos de masculinidad hegemónica permite, a su vez, comprender de manera más clara el carácter histórico y dinámico del patriarcado, ya que en todo momento un cierto tipo de masculinidad ha sido privilegiado frente a otros para ocupar un rol determinante en las relaciones sociales. Se debe señalar igualmente que siempre, y a pesar de sus diferentes formas, la masculinidad hegemónica ha sido heterosexual (Carrigan *et al.*, 1985, p. 593). De esta forma, se evita una ilusión de inmovilidad estructural que la idea de patriarcado presentaba al poner en relieve el aspecto histórico del triunfo de ciertas formas de masculinidad. Para Whitehead, dicho concepto logra efectivamente presentar una visión más matizada de las relaciones de poder entre hombres y mujeres sin perder de vista las nociones de género y de dominación masculina (Whitehead, 2002, p. 90). Años más tarde, Connell define el concepto de masculinidad hegemónica como

la configuración de la práctica de género que encarna la respuesta actualmente

aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, que garantiza (o se considera que garantiza) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres (Connell, 2005, p. 77).

Ahora bien, el hecho de encontrarse en una posición dominante no necesariamente implica que el sujeto que ejerce el poder —o sea, el reconocido dentro de la masculinidad hegemónica— se encuentre en una posición importante ni que sea una persona real. Esta aclaración a partir de las reflexiones de la autora remite tanto a la configuración de imaginarios como a la posición que ocupan las producciones culturales (literatura, cine, teatro, televisión, etc.) al vehicular imágenes que validan y generalizan los modelos dominantes de masculinidad. El personaje de ficción reproduce, entonces, en su subjetividad espacios de negociación de masculinidades y puede fácilmente funcionar, según las épocas y los autores, como una caracterización normativa de la masculinidad hegemónica, o bien, como modelos de resistencia o de sumisión a esta.

Varias preguntas pueden surgir ante esta propuesta conceptual, concretamente: ¿en qué medida se organiza la oposición a la fuerza de la masculinidad hegemónica?, o aun, ¿qué funcionamientos específicos se dan en contextos en los cuales la dominación no resulta ser tan evidente? Connell afirma que, al ser la hegemonía entendida como un sistema históricamente dinámico, la dominación de un grupo determinado de hombres puede ser cuestionado por las mujeres. Asimismo, es necesario recordar que las características dadas a la masculinidad hegemónica en un momento específico pueden ser difícilmente alcanzadas

por una mayoría de hombres; en cambio, existe una multiplicidad de relaciones entre distintas subjetividades masculinas y los imaginarios asociados a la masculinidad hegemónica. Este hecho introduce un tipo de relación que Connell considera como cómplice en la medida en que hay ciertamente beneficios obtenidos gracias a la posición dominante de la masculinidad, incluso cuando una importante cantidad de individuos no corresponde necesaria o difícilmente a los ideales de esta:

Si un gran número de hombres tiene alguna relación con el proyecto hegemónico pero no encarna la masculinidad hegemónica, necesitamos una forma de teorizar su situación específica. Esto puede hacerse reconociendo otra relación entre grupos de hombres, la relación de complicidad con el proyecto hegemónico. Las masculinidades construidas de manera que realicen el dividendo patriarcal, sin las tensiones o los riesgos de ser las tropas de primera línea del patriarcado, son, en este sentido, cómplices (Connell, 2005, p. 79).

El no formar parte de la expresión violenta de la masculinidad en términos de dominación o el no situarse en posiciones de poder y círculos exclusivos de la masculinidad no implican necesariamente que no se participe del mantenimiento de su hegemonía; por el contrario, al recibir sus privilegios y recompensas, se es cómplice del sistema. A partir de esta idea, sería viable también pensar que, a pesar de que los homosexuales hombres se encuentran en una posición de subordinación con respecto

al poder heterosexual –sobre todo si son identificados como afeminados– y en la parte más baja de las clasificaciones que podríamos hacer de masculinidades en una estructura jerárquica, estos no están necesariamente exentos de participar de una complicidad y recibir beneficios de la masculinidad hegemónica. Más aún, este tipo de clasificación y de relaciones de poder y subordinación funcionan de manera bastante clara dentro de grupos de homosexuales, los cuales ejercen prácticas de dominación y discriminación hacia quienes se vinculen con características típicamente femeninas o adopten una posición considerada como pasiva en las relaciones sexuales. Es decir, el uso de prácticas de dominación identificadas dentro de la masculinidad hegemónica, pero en este caso en el propio funcionamiento de masculinidades marginales, y de manera similar entre masculinidades marginales y mujeres. Ante estas aclaraciones es necesario aún plantear una pregunta importante respecto del modelo de masculinidad hegemónica que concierne la contradicción evidente al pensar las prácticas masculinas en función del poder de manera constante y coherente. En otras palabras, me pregunto si las formas de subjetividad masculina siempre dan cuenta de un modelo hegemónico, como si sus prácticas estuvieran todo el tiempo organizadas con el objetivo de mantener el poder²³.

De la misma manera, dentro de dicho sistema, el efecto de la marginalización de otras formas de masculinidad cumple un papel

23 Este tipo de diferenciación es discutido por Demetrakis Demetriou en el artículo titulado “Connell’s Concept of Hegemonic Masculinity: A Critique” (Demetriou, 2001), en el cual señala distintas contradicciones implícitas en el concepto de Connell según la visión de su autor.

importante para la definición de identidades masculinas en lo relativo a sus "otros" en posición de subordinación (Connell, 2005, p. 80). Precisamente, es este hecho el que debería tener un interés particular para comprender los procesos por medio de los cuales se establecen dinámicas de dominación entre hombres. La herencia de estructuras de poder dentro del sistema colonial, por ejemplo, evidencia relaciones de diferenciación entre hombres no solamente a partir de criterios étnicos o económicos, sino también a partir de caracterizaciones corporales que designan un cierto tipo de masculinidad. El estudio de masculinidades indígenas en las sociedades latinoamericanas es una muestra de este tipo de relación, aunque el entendimiento de estas ha sido aún poco explorado²⁴.

Connell comprende la masculinidad hegemónica como un proyecto dentro del orden del género, el cual implica el sistema de relaciones de poder que se construyen de manera histórica en un contexto específico. De esta forma, la idea de "proyecto hegemónico" subraya la posición dinámica e histórica de las caracterizaciones, ideales y negociaciones que conforman una masculinidad dominante. Asimismo, esto indica uno de los problemas teóricos subyacentes en el concepto de masculinidad hegemónica, esto es, su carácter ideal en la medida en que las prácticas masculinas de dominación, de ejercicio de la violencia y mantenimiento del poder no son practicadas de manera explícita y

diferenciada por todos los hombres ni en todo momento²⁵, como señalé. Este hecho pone en evidencia en qué medida los primeros planteamientos de Connell dan a pensar una especie de modelo de masculinidad hegemónica que funcionaría y se perpetuaría independientemente de no ser alcanzado por la mayoría y de estar más cercano de un ideal normativo.

Es importante notar que a partir de la amplia utilización del término de masculinidad hegemónica y de las críticas estructurales que fueron planteadas, Connell propone una revisión del concepto en un artículo publicado con James W. Messerschmidt (Connell y Messerschmidt, 2005), el cual incluye elementos más acordes con el contexto y que no tenían quizás la misma pertinencia o no fueron vistos de la misma manera veinte años atrás. En este artículo, reconocen la necesidad de subrayar el carácter múltiple, complejo y hasta contradictorio en que se construyen las identidades masculinas, más allá de un funcionamiento solamente basado en la relación de dominación sobre las mujeres:

Aunque se reconoce desde hace mucho tiempo, la complejidad interna de las masculinidades ha comenzado a generar interés lentamente como objeto de investigación. [...] ahora debemos reconocer explícitamente la estratificación, la potencial contradicción interna, dentro de todas las prácticas que construyen las masculinidades. Estas prácticas no pueden leerse simplemente como expresión

24 En el caso de Costa Rica, ver, por ejemplo: Alvarenga Venutolo (2013); Menjívar Ochoa (2013).

25 A este respecto y para un análisis profundo del problema del concepto de masculinidad hegemónica en los *men's studies* contemporáneos podemos referirnos al estudio realizado por Mauricio Menjívar Ochoa, en el que resume las diferentes posiciones críticas entorno al concepto de Connell y realiza una propuesta metodológica a partir de los análisis de Bourdieu (Menjívar Ochoa, 2010).

de una masculinidad unitaria. Pueden, por ejemplo, representar formaciones de compromiso entre deseos o emociones contradictorias, o los resultados de cálculos inciertos sobre los costes y beneficios de diferentes estrategias de género (Connell y Messerschmidt, 2005, p. 852).

Desde mi punto de vista y para efectos del análisis de prácticas masculinas en la literatura, considero que el concepto propuesto por Connell puede ser de gran utilidad, en especial para comprender los procesos por medio de los cuales la literatura como producción cultural contribuye a la formación de imaginarios de género, de modelos o de referencias culturales para un contexto y época determinados. Lo anterior resulta productivo en particular si se logra salir de esquemas simplistas y generalizadores de las prácticas masculinas que tienden a clasificar a partir de modelos que se pueden concebir en muchos casos como ahistóricos, al igual que crear criterios normativos de comprensión del fenómeno.

El uso de perspectivas interseccionales que reconocen la complejidad en la negociación de identidades de género puede ser igualmente una manera de evitar la trampa teórica de un callejón sin salida dentro del cual las relaciones entre distintas masculinidades no entren en juego para el análisis. Por consiguiente, en este trabajo haré referencia al concepto de masculinidad hegemónica como un proyecto dentro de las prácticas de género, dependiente del contexto, el cual puede ser identificado en ciertos comportamientos, actitudes y perspectivas que no solamente tienden a definir un concepto determinado de masculinidad, sino que también preparan su propia perpetuación. En este sentido, la masculinidad hegemónica no puede en ningún caso pensarse como un atributo, característica básica o definición de la subjetividad del personaje que lo posicionaría dentro de un juego de caracteres de la masculinidad fácilmente identificable.

ACERCA DEL AUTOR

Doctor en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de la Universidad Bordeaux-Montaigne y profesor catedrático de literatura latinoamericana en la Universidad de Nantes, Francia. Sergio Cotto-Rivel realizó igualmente estudios de Filología Española, así como la Maestría Académica en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Costa Rica. Posteriormente, como becario de la Fundación Carolina, realizó el Máster en Alta Especialización en Filología Hispánica en

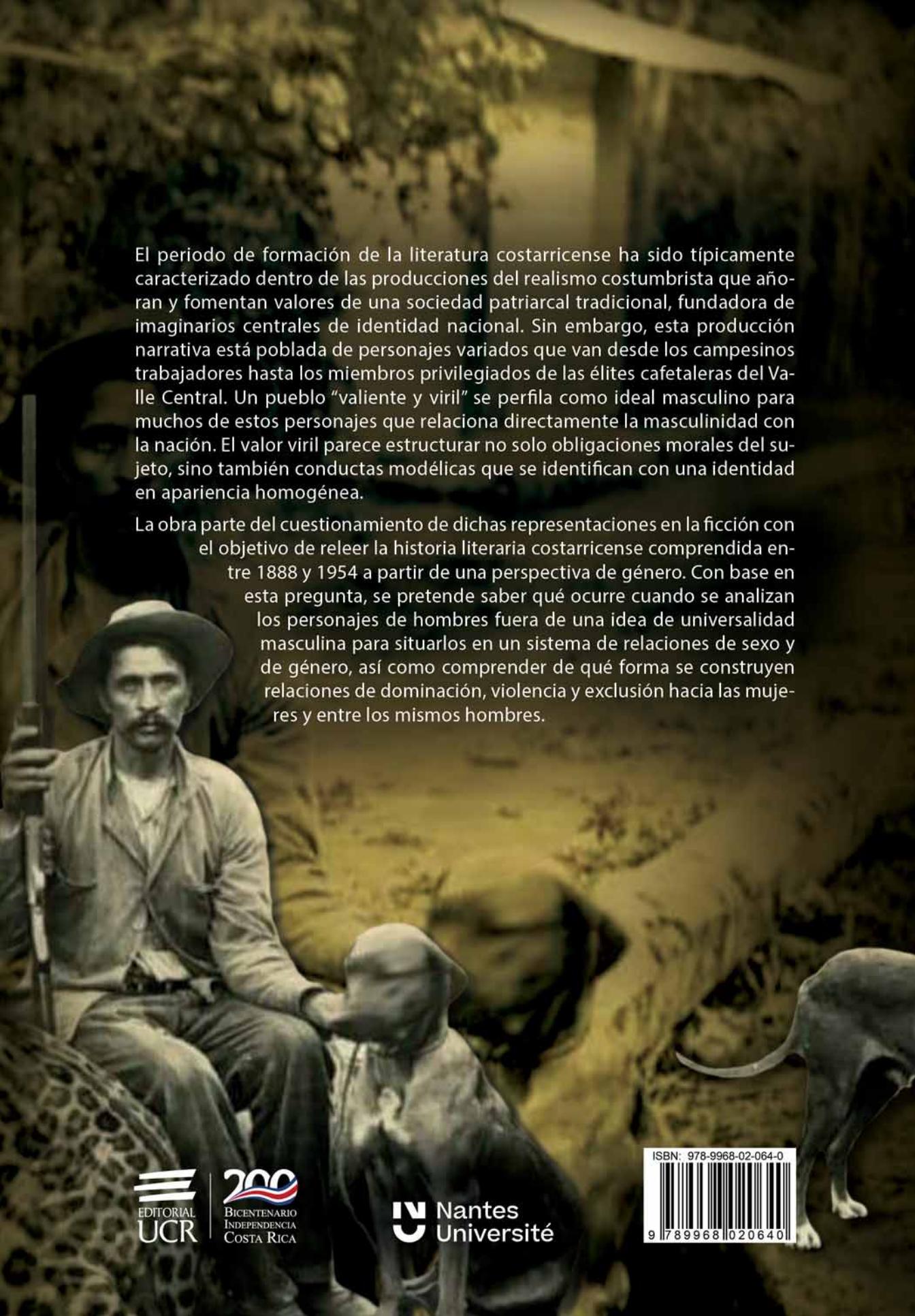
Madrid (CSIC), España. Su tesis doctoral sobre la literatura centroamericana contemporánea y la construcción de nuevas subjetividades ha sido publicada por Presses Universitaires de Rennes, Francia, bajo el título: *Fictions de l'intime, le roman contemporain d'Amérique centrale* (2017). En 2021 obtuvo el grado de Habilitación a dirigir investigaciones (HDR) en la Universidad de Toulouse 2 Jean-Jaurès con un trabajo titulado *Imaginer le monde: penser et écrire l'Amérique centrale aujourd'hui*.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



El periodo de formación de la literatura costarricense ha sido típicamente caracterizado dentro de las producciones del realismo costumbrista que añoran y fomentan valores de una sociedad patriarcal tradicional, fundadora de imaginarios centrales de identidad nacional. Sin embargo, esta producción narrativa está poblada de personajes variados que van desde los campesinos trabajadores hasta los miembros privilegiados de las élites cafetaleras del Valle Central. Un pueblo “valiente y viril” se perfila como ideal masculino para muchos de estos personajes que relaciona directamente la masculinidad con la nación. El valor viril parece estructurar no solo obligaciones morales del sujeto, sino también conductas modélicas que se identifican con una identidad en apariencia homogénea.

La obra parte del cuestionamiento de dichas representaciones en la ficción con el objetivo de releer la historia literaria costarricense comprendida entre 1888 y 1954 a partir de una perspectiva de género. Con base en esta pregunta, se pretende saber qué ocurre cuando se analizan los personajes de hombres fuera de una idea de universalidad masculina para situarlos en un sistema de relaciones de sexo y de género, así como comprender de qué forma se construyen relaciones de dominación, violencia y exclusión hacia las mujeres y entre los mismos hombres.


EDITORIAL
UCR


200
BICENTENARIO
INDEPENDENCIA
COSTA RICA

 Nantes
Université

ISBN: 978-9968-02-064-0

